

EL INTRÉPIDO APRENDIZ

CIERTO es que muchos de los grandes hombres que han existido en el mundo, llegaron a los más altos puestos partiendo de los principios más humildes; y siendo esto verdad en todos los órdenes de la vida, no puede dejar de serlo en la marina de guerra. Allá por los años de 1680 y en el pueblecillo de Bonchurch, en la isla de Wight, un muchacho se hallaba trabajando en un pobre taller de sastrería, y, como su amo y maestro había salido, dejó la aguja y púsose a contemplar el mar, con lo cual entró en deseos de estar en cualquier sitio que no fuese la tienda. Era un pobre huérfano y las autoridades de la parroquia le habían dedicado al oficio de sastre.

Aconteció que mientras contemplaba las aguas acertó a doblar la punta más próxima una escuadra británica, que se acercó al puerto; y el muchacho, sin dudar un momento, tiró sus trebejos, salió de la tienda, corrió a la playa, y saltando a un bote bogó a toda prisa hacia el navío almirante.

La vida en la armada era entonces muy dura, por lo cual escaseaban los voluntarios; así es que, en cuanto el aprendiz manifestó sus deseos de alistarse, fué inmediatamente aceptado.

No pasó mucho tiempo sin que tuviese ocasión de ver un combate, porque a la mañana siguiente los navíos ingleses se avistaron con la escuadra francesa y la lucha comenzó en seguida. El muchacho cumplió bien con su deber corriendo de un sitio a otro, ejecutando lo que le ordenaban e interesándose vivamente en los acontecimientos que a su vista se desarrollaban. Por fin, cuando el combate duraba ya bastante tiempo sin vislumbrarse señales de un resultado definitivo, el muchacho preguntó a un marinero :

—¿Cómo sabremos cuándo se nos rinde el enemigo?

—¡Oh!—replicó el marino señalando la insignia que ondeaba en el palo mayor del navío almirante—en cuanto arríen esa bandera el enemigo cederá y nuestra será la victoria.

—¿Eso es todo?—exclamó el muchacho.

Y se marchó corriendo.

Por aquel tiempo los buques no peleaban como hoy a muchas millas de distancia y casi sin verse unos a otros. Se aproximaban mutuamente; y las tripulaciones de cada uno procuraban entrar al abordaje en el otro. El aprendiz de sastre saltó a la cubierta del navío almirante francés, que estaba junto al suyo, y sin ser visto, gracias al tumulto del combate trepó ágilmente por una escalera de jarcias, se apoderó de la insignia almirante, arrollósela al cuerpo y descendió a cubierta sin ser visto ni por los marinos franceses ni por los ingleses.

Nadie había presenciado su intrépida acción; mas bien pronto notaron los ingleses que había desaparecido la bandera del navío almirante, y suponiendo

que el enemigo se había rendido, se arrojaron con tal ímpetu a la cubierta del navío enemigo que los franceses aterrados, desmayaron. Los artilleros abandonaron sus cañones, y en breves instantes el navío quedó en poder de los ingleses. Precisamente en el momento en que se aseguraba la victoria, el aprendiz mostró a sus camaradas la bandera cogida al enemigo y ellos la vieron con asombro.

Extendióse pronto la noticia y llevaron al muchacho, juntamente con su trofeo, a presencia del almirante, el cual admiró su bravura y denuedo, y lo promovió a la categoría de guardia marina. No es de extrañar que el muchacho capaz de tal acción alcanzase puestos distinguidos en la armada; y, en efecto, con el transcurso de los años, llegó, ascenso tras ascenso, a la dignidad mayor de la armada británica y fué célebre en la historia con el nombre de Almirante Hopson.

LEALTAD DE UNA PRINCESA

EL rey Luis XII de Francia tenía una hija, Renata, que llegó a ser duquesa de Ferrara, en Italia.

Era el consuelo de todos los afligidos, y el sostén de los menesterosos.

De ella se dice que socorrió a más de diez mil soldados desamparados que pasaron por Ferrara, durante las guerras de Italia; y su castillo de Montargis se convirtió en refugio de los perseguidos hugonotes.

Uno de éstos, el príncipe de Condé, había sido encarcelado por el duque de Guisa; pero su esposa, dotada de un raro ingenio y llevada de su amor, un día que le permitieron visitarlo en la cárcel, cambió con él los vestidos, y se quedó en su lugar, y el príncipe huyó a Montargis.

Pronto se descubrió el cambio; pero fueron vanos cuantos intentos hizo el duque de Guisa para averiguar el paradero del fugitivo.

De pronto se le ocurrió pensar que si dejaba en libertad a la princesa, ésta seguiría a su esposo. Así, pues, dió orden de libertarla y el resultado le demostró que había pensado bien. La princesa de Condé se dirigió a Montargis, hasta donde secretamente la siguieron los emisarios del duque.

El de Guisa, que tenía mucho poder en aquel país, ordenó a la de Ferrara que le entregase al príncipe; pero ella se negó. Ni el mismo rey de Francia, Francisco II, pudo conseguirlo con sus ruegos ni con el envío de tropas. El príncipe oyó desde su habitación la valerosa negativa de la duquesa; pero oyó también los temores que exponían algunos guardianes y dirigiéndose a éstos les dijo que, si no tenían valor para defenderle, su muerte desvanecería todos sus temores. Y corrió apresuradamente a la muralla, con intención de exponer la vida.

Debajo de él, a los pies del muro del castillo, vió al oficial de artillería, y le gritó que él era el hombre a quien buscaban, y en el cual únicamente debían tomar venganza; así podría morir con honra, como había vivido. Atónito el oficial, mandó a buscar a su jefe, quien le dijo que sin duda alguna debía hacer fuego contra el príncipe.

Pero la fiel duquesa se puso al lado de él, y al ver dirigido el cañón contra su amigo, se colocó entre el príncipe y sus enemigos, diciendo:—Disparad contra mí, y mataréis al mismo tiempo al ilustre Condé y a la hija del rey, cuya muerte lloráis todavía.

Los soldados, que adoraban la memoria de Luis XII, imploraron a una voz que se perdonase a la hija del rey, y negándose a atacar el castillo, se retiraron a sus tiendas. El príncipe y sus amigos se pusieron en salvo durante la noche siguiente.



UNA HEROÍNA DE DOCE AÑOS

VIVÍA Roma encenagada en los más asquerosos vicios y entregada a las más repugnantes maldades; y en medio de un mar de iniquidades vino al mundo Inés, cerca del año 290 de Cristo. No puede saberse de fijo quiénes fueron sus padres; pero sí se sabe por la tradición que fueron de la primera nobleza romana y muy cristianos. Cuanto más se instruía en las máximas cristianas, más se la veía enamorada de su Jesús, y todas sus aspiraciones y pensamientos eran para Aquel que había escogido para esposo de su alma.

En tanto los cristianos gozaban de una paz aparente, pero cerníase sobre sus cabezas una negra tempestad que no tardó en estallar. Cediendo Inés a las vivas ansias de su corazón, acababa de consagrarse a Cristo, cuando el joven Fulvio, hijo de Sinforiano, prefecto de Roma, prendado de las bellas cualidades que tanto recomendaban a Inés, se presentó a pedir su mano con un empeño tristemente tenaz. Sus padres, ora fuese por sus sentimientos altamente cristianos, ora por la tierna edad de Inés, que sólo contaba doce años, dieron largas a la petición del joven pretendiente. La repulsa encendió más sus vivos deseos, y movió todos los resortes para lograrlos. Pero, cuando vió que era inútil esperar algo de Inés por ser ésta cristiana y consagrada a Dios, resolvió acudir a todos los extremos. Fulvio, lleno de despecho, cayó gravemente enfermo, y habiendo averiguado su padre la causa, se presentó en persona a Inés para lograr su consentimiento al suspirado enlace. A las instancias de Sinforiano responde Inés con santa calma que no puede admitir otras bodas por haber prometido fidelidad a otro Esposo mucho más noble y rico que su hijo, y que sería un sacrílego desdoro el hablar más de tal asunto. Quería replicar el Prefecto, pero la virgen le interrumpió diciéndole que jamás retiraría la fidelidad prometida al primer Esposo. Entonces Sinforiano, encendido en cólera, gritó: « Tú no escaparás de mi furor, y sea quien quiera tu esposo, y por más noble que sea, cederás al poder del Prefecto ». Y lleno de despecho y confusión se retiró.

Perdíase Sinforiano en conjeturas sobre quién pudiese ser el afortunado amante de Inés, sin obtener resultado, hasta que un bajo adulador le hizo comprender que Inés era cristiana y tenía su virginidad consagrada a Cristo. El Prefecto, con aquella cruel satisfacción, con que el poderoso sin religión ni conciencia ve llegado el momento de aplastar al inocente, mandó una porción de fieros satélites a casa de Inés con orden de conducirla ante su tribunal. Firme la jovencita en su fe y en conservar la virginidad, sigue a los esbirros con paso firme y rostro sereno. Llegada al tribunal, el Prefecto le reconviene dulcemente y trata de halagarla para que ceda, mas le contesta: « Sí, soy cristiana; Cristo es mi esposo, a Él solo guardaré mi fidelidad: mi corazón es suyo, yo no puedo ni quiero convertirlo a otro objeto: desprecio tus dones y tus amenazas. Mis fuerzas, mi esperanza y mi vida son de Cristo, y Él solo me basta ». Instó de nuevo Sinforiano, y con mil argucias se esforzaba en persuadir a Inés la conveniencia de ceder a sus instancias, pero todo inútilmente; hasta que por fin le dijo: « Si quieres conservar tu virginidad, vé al templo de Vesta y allí sacrifica a la diosa con las otras vírgenes, pues de otra suerte te mandaré al circo Alejandro, donde sufrirás ludibrio e infamia ». Mas Inés, con entereza cristiana, le respondió: « Si tú conocieses al Dios que yo adoro, no hablarías así: tengo para guarda de mi cuerpo al ángel del Señor: el unigénito Hijo de Dios, a quien no conoces, es para mí un muro inexpugnable que vela siempre ».

Sonrojóse el tirano de verse vencido por una niña, y con pérfido despecho manda quitarle brutalmente su blanco vestido y conducirla por las calles públicas de Roma al circo Alejandro, publicando el pregonero que Inés era castigada por blasfema y sacrílega contra los

dioses. Mas el Señor, que viste a los pájaros, vistió también a la virgen, haciendo crecer sus cabellos de un modo prodigioso y con tanta espesura, que llegaban hasta el suelo y la ocultaban a todas las miradas. Entró la casta doncella en aquella fétida cloaca del vicio, y al momento vióse el aposento iluminado de una luz más refulgente que el mismo sol, que no permitía fijar en ella la más insignificante mirada, y vió a un lado al ángel del Señor que estaba dispuesto a defenderla.

Postróse Inés para dar gracias a Dios por los auxilios que le prestaba, y vió con asombro un cándido vestido, tan proporcionado a su cuerpo, que no dudó haber sido preparado por manos de ángeles. Vistiólo Inés y continuó con fervor su oración. Entraron algunos paganos, pero apenas entrados quedaban como anonadados, caían de rodillas y reconocían el poder del Dios de los cristianos.

Divulgáronse por todo Roma y sus cercanías los portentosos sucesos del circo Alejandro, y acudió una turba inmensa de curiosos para averiguar la verdad, cuya mayor parte era de idólatras enemigos implacables del nombre cristiano. Uno de los primeros fué el apasionado Fulvio, hijo del Prefecto, quien viendo retroceder compungidos y llenos de veneración a varios de sus compañeros que habían penetrado osadamente en el lugar do se hallaba Inés, los insultó groseramente y tachó de pusilánimes. Para más confundirles, cegado por su pasión, entra, y al embestir por entre la luz a aquel ángel en carne, cae al suelo y exhala su alma impura. Inés, al verle, había encomendado su defensa al Señor. Notando sus compañeros lo mucho que tardaba en salir, entró uno de sus más íntimos, y viéndole tendido exánime en el suelo, retrocedió espantado y gritando: « ¡Piadosos romanos, favor! la infame hechicera ha dado muerte al hijo del Prefecto con sus hechizos ».

Los gritos del joven, el aturdimiento de los compañeros y la extraordinaria conmoción que se siguió atrajeron al lugar del suceso una inmensa multitud de pueblo, como era natural. Unos la trataban de maga, otros la maldecían por sacrílega y no faltaban algunos pocos que la compadecían. Llegó el suceso a oídos de Sinforiano, el cual, como herido del rayo, corrió al circo de Alejandro, donde Dios le aguardaba. Llegó a la presencia de Inés, y viendo a sus pies el cadáver de su hijo, se desata contra ella en injurias y maldiciones, y la increpa por la infamia de sus hechizos, amenazándola con la más cruel muerte. Inés le escucha tranquila y con rostro sereno, y le dice ser ella inocente de la muerte de su hijo. « Los otros que han entrado aquí, deslumbrados por la luz celestial, han salido sanos y libres, dando gloria a Dios, que me envió un ángel para mi defensa y el vestido celestial de que me ves cubierta. Tu hijo, furioso y despreciando toda ley, ha extendido su mano contra mí, y el ángel le ha dado muerte en mi defensa ». Fué tal la mansedumbre con que habló la jovencita y tal la gracia de Dios, que el corazón del Prefecto se conmovió y confió en que Inés podría alcanzar la vida de su hijo. Pidióle, pues, que la suplicase al ángel. Inés, llena de fe y de esperanza, y postrada humildemente, oró al Señor, que le envió de nuevo el ángel, quien devolvió la vida al infeliz joven. Levantóse éste vuelto a la vida, y saliendo de aquel lugar, dijo en voz alta: « Un solo Dios hay en el cielo, en la tierra y en el mar, y éste es el Dios de los cristianos. Vanos son todos los templos; falsos todos los dioses que allí se adoran y no pueden socorrerse a sí mismo ni a los demás ».

Grande fué el triunfo de Inés, grande sobre sus enemigos y grande sobre el infierno, pero este triunfo exasperó a la plebe fanática y especialmente a los agoreros y sacerdotes idólatras. A la explícita confesión de Fulvio levantóse una infernal gritería que nada pudo apaciguar, ni las ardientes súplicas de los padres de Inés, ni el nada despreciable número de cristianos esparcidos entre la multitud, ni aun la vista del mismo Prefecto que había presenciado los sucesos que tanto le interesaban por la parte

principal de su hijo Fulvio. Débil éste, no se atrevía a condenarla a muerte por ver su inocencia, ni a darle la libertad por no contrariar a los pontífices del templo. Para eludir todo compromiso, dejó a su ayudante Aspasio, como juez y árbitro de aquel motín popular, y partió agobiado de tristeza. Testigo éste de la inocencia de Inés y de los prodigios que acababa de presenciar, y siguiendo las insinuaciones del Prefecto, buscaba un medio de librarla del furor del populacho, pero fué inútil su empeño, y como otro Pilatos cedió a las exigencias de la plebe. Mandó encender una grande hoguera y arrojar a ella a Inés. Un grito de salvaje placer atronó el espacio; pero apenas la santa mártir es arrojada a las llamas, éstas se dividen en dos alas, dejando intacta a Inés en medio, sin tocar ni uno de sus dorados cabellos, y continuando el prodigio de los tres jóvenes de Babilonia, embisten y devoran a los mismos verdugos y a muchos de los que contemplaban tan espantoso suplicio. Lejos esto de convencer y calmar al pueblo, atiza más y más su encono, gritando: «¡Muera la bruja, muera la infame cristiana!» La santa niña dirige sus miradas al cielo, y para dar gracias a Dios prorrumpe en esta oración, que leemos en las Actas de su martirio: «Omnipotente, adorable, venerable, tremendo Padre de Nuestro Señor Jesucristo, yo te bendigo porque por la virtud de tu Hijo unigénito me he librado de las amenazas de los hombres impíos y he pasado con planta inmaculada por entre las inmundicias del demonio. Y ahora vuestro Espíritu consolador me conforta con voz celestial; el fuego se apaga a mi alrededor, las llamas se dividen y el ardor de este incendio se echa sobre los que lo han encendido. Bendígote, Padre glorioso, porque aun entre las llamas me permites que venga a Ti. Bendito seas, pues ya veo al que deseaba; ya poseo al en quien esperaba; ya abrazo contra mi pecho al que tanto he deseado. Yo te confieso con los labios, con el corazón, y suspiro con todas mis ansias por Ti. Yo vengo a Ti, Dios mío, uno y verdadero, que con tu Hijo y Señor mío Jesucristo y con el Espíritu Santo vives y reinas por todos los siglos».

Terminada la oración, viendo el pueblo apagada la hoguera, redobla su furibunda gritería y blasfemas imprecaciones, y al ver el ayudante que el pueblo fuera de sí iba a precipitarse sobre la santa, ordena que muera a manos del verdugo. Alzó éste la espada para herirla, tiembla y pierde el color, y por fin se la clava en la garganta. Inés cae bañada en virginal sangre sobre la apagada hoguera, y su alma vuela triunfante al cielo con la duplicada palma del martirio y de la virginidad. La casta virgen triunfa en el cielo, en la celestial Jerusalén, donde es rey la verdad, es ley la caridad y es vida la eternidad: así celebró sus bodas con el Cordero.

Quedó el cadáver de Inés abandonado en la plaza, y a favor de la noche acudieron sus padres, lo cubrieron de besos y lo trasladaron a una posesión suya fuera de la puerta Nomentana. Cuando los cristianos supieron dónde estaba sepultada la virgen, empezaron a acudir en devota peregrinación, la cual fué cada día en aumento y excitó la ira de los enemigos del nombre cristiano, que acudieron al lugar, atropellaron brutalmente a los devotos de la santa y los ahuyentaron a pedradas. Había entre los devotos Emerenciana, joven de la misma edad que Inés, su hermana de leche y amiga inseparable. Emerenciana, absorta en la oración, no se apartó del sepulcro de Inés; y sola hizo frente a la impía turba, echándoles en rostro su inicuo proceder. Irritada la plebe con la dura reprensión de una niña, descargó sobre ella una lluvia de piedras que le dió la corona del martirio. Emerenciana era todavía catecúmena y voló al cielo bautizada con su misma sangre, y fué enterrada al lado de Inés.

Ocho días habían transcurrido desde la muerte gloriosa de Inés, cuando, estando sus padres y otros cristianos orando junto a su sepulcro en las tinieblas de la noche, vieron rasgarse éstas de repente, y envuelta en una deslumbradora gloria celestial apareció su querida hija

Inés, rodeada de un numeroso acompañamiento de vírgenes adornadas de ricas vestiduras de oro y plata y piedras preciosas. Inés se presenta a sus padres fulgurante de belleza y de gloria, teniendo a su derecha un cordero más blanco que la nieve; y los cristianos, sorprendidos de tan rara aparición, dieron gloria a Dios que tan espléndidamente exalta en los cielos a las almas más queridas. Luego, dirigiéndose a sus padres, les dice: «No me lloréis como muerta; alegraos más bien conmigo porque estoy en posesión de un trono feliz juntamente con todas estas mis compañeras, y estoy unida en el cielo con Aquel a quien en la tierra amé con todo mi corazón» Y luego desfilaron todas y desaparecieron de los ojos de los muchos espectadores atónitos.

EL FIN DE UN ENVIDIOSO

LOS desórdenes que ocurrieron en la isla Española, hoy Santo Domingo, a fines del siglo XV, detuvieron a Colón en aquella colonia para pacificarla y castigar a varios revoltosos, que la habían desunido; pero los enemigos que tenía el almirante le acusaron de ser él quien había promovido aquellas luchas y trastornos, e influyeron para que los reyes lo encausasen y castigasen.

Estos no creyeron a los calumniadores, y sólo después de enterarse por Colón mismo de las desgracias de la isla, y a petición de él, determinaron enviar allí un juez letrado que diera testimonio de lo que había de cierto. Al efecto, designaron al comendador Francisco de Bobadilla para que pasase a la Española, y éste, abusando de sus poderes y dejándose arrastrar de la envidia, se aprovechó de los malos informes que recibió de los propios enemigos del almirante, y contribuyó a que apareciera culpable, lo prendió y encarceló en la torre de un fuerte y lo embarcó después para España, cargado de cadenas y de oprobio.

Apenas se hicieron a la mar, se presentaron al almirante, Cristóbal Colón, el capitán, Alonso Vallejo, hidalgo y persona honrada, y el maestro de la nave, Andrés Martín de la Gorda, dueño de la carabela, que de su apellido se llamaba *Gorda*; y con sentidas frases y corteses maneras, se dispusieron a quitarle los grillos que le había mandado poner Bobadilla; mas el almirante no lo consintió. Díjoles que estaba seguro de su inocencia y que esperaba tranquilo a que los Reyes Católicos se los mandasen quitar, si de su orden se los habían echado, o castigasen al culpable si éste había atropellado, sin su mandato, la autoridad que representaba. Colón abrazó con efusión a aquellos nobles castellanos, que durante el viaje lo trataron con todas las consideraciones, cuidados y cariño posibles.

Colón escribió a los Reyes varias cartas contándoles lo sucedido, y al llegar a Cádiz las envió a Granada, que era donde estaban ambos monarcas. Estos reconocieron la inocencia del infortunado almirante, y ordenaron al momento que se le pusiera en libertad, enviándole muchos presentes y dedicándole cariñosas frases que revelaban profundo agradecimiento; y el pueblo lo recibió también lleno de júbilo

El rey y la reina, Isabel y Fernando, no solamente desaprobaron la conducta de Bobadilla y devolvieron a Colón todos sus honores y prerrogativas, sino que nombraron a Nicolás de Ovando para sustituir a Bobadilla, quien se había hecho indigno del mando; y víctima de la envidia, lo mismo que sus secuaces, se vió humillado y obligado a salir para España a dar cuenta de su conducta. Como la virtud triunfa siempre, Colón llegó triunfante a Santo Domingo en el mismo día en que Bobadilla y sus secuaces salían para España, donde iban a ser enjuiciados; mas no bien las carabelas se habían perdido de vista, cuando un huracán las hizo naufragar y perecer.